

TEXTO CLÁSICO

“How can one be a sports fan?»

La contribución de Pierre Bourdieu al estudio social del deporte¹

RAÚL SÁNCHEZ GARCÍA
UNIVERSIDAD EUROPEA DE MADRID
raul.sanchez@uem.es (ESPAÑA)

DAVID MOSCOSO SÁNCHEZ
UNIVERSIDAD PABLO DE OLAVIDE
dmoscoso@upo.es (ESPAÑA)

Sin haber sido reconocido públicamente en su biografía por su contribución al estudio social del deporte, Pierre Bourdieu es uno de los padres teóricos de la disciplina sociológica que se ocupa de este fenómeno. Como cuerpo disciplinar institucionalizado, no cabe duda que la corriente británica liderada por Elías ha sido la más relevante, y aún hoy el grupo de sociólogos del deporte de Leicester —cuyo centro de estudios sociales del deporte se trasladó después a Chester— sigue imponiéndose en el panorama internacional de la sociología del deporte. Pero ignorar la contribución de Bourdieu a la construcción del cuerpo académico de la sociología del deporte es como negar el peso de la sociología francesa en este campo de estudio, con autores como Bouet, Brohm, Defrance, Dumazedier, Parlebas, Pociello, Vigarello o Wacquant.

Este desconocimiento puede deberse, en cierta medida, a la escasa atención que la sociología como ciencia social le ha prestado en el pasado al fenómeno deportivo —pese a la relevancia social de esta actividad (Moscoso, 2006). El propio Bourdieu lo expresó así con una sonada frase: “la desdeñan los sociólogos y la desprecian los deportistas” (1988: 173).

De Bourdieu es conocida la influencia de su obra *La distinción* (1979) entre quienes analizan este fenómeno —si bien esta obra ha inspirado a los que estudian otros muchos ámbitos de la realidad social. Pero la aportación específica de este autor al estudio sociológico del deporte también es patente —pese a, una vez más, ser poco conocida. En su producción encontramos numerosas publicaciones sobre el fenómeno deportivo entre los años setenta y noventa², publicadas en francés, inglés y español.

¹ Los autores quieren agradecer a los profesores José María Arribas y Enrique Martín Criado sus observaciones y comentarios sobre los primeros borradores de este trabajo..

² (1972) *Esquisse d'une théorie de la pratique*, Droz, Genève; (1978) “Sport and social class”, *Social Science Information sur les Sciences Sociales*, 17, 6, 819-840; (1981), Introduction,

Aunque la influencia de Bourdieu entre quienes practican esta disciplina es universal, donde mayor recepción ha tenido claramente es en su propio país natal, Francia, y en el vecino Inglaterra. En la literatura francesa de la sociología del deporte, uno de los primeros precursores de las ideas de Bourdieu fue Defrance, que en sendos trabajos publicados entre 1976 y 1987 ponía en valor su obra *Esquisse d'une théorie de la pratique*. En ella Bourdieu analizaría la construcción social de los usos corporales. En esta influencia coincidiría algo más tarde con otro difusor de sus ideas, Wacquant. En esta línea, el segundo gran precursor francés de la obra de Bourdieu en el ámbito de la sociología del deporte fue Pociello (1981), que hizo uso de su teoría del habitus y del campo para explicar el concepto de diferenciación en el sistema deportivo, estableciendo analogías entre el campo de las prácticas deportivas y los espacios sociales y, con estos, con las clases sociales. Por lo demás, las teorías del habitus y del campo de Bourdieu sentaron el precedente de distanciarse de las dominantes hasta entonces teorías psicosociológicas de las motivaciones en el deporte de Bouet y Dumazedier, y las teorías marxistas de Brohm, según Clément (1995). En la literatura anglosajona de la sociología del deporte Bourdieu tuvo igualmente un gran influjo, si bien más tardíamente. Autores clásicos de la sociología del deporte como John Hargreaves (1986) o Gruneau (1993), desde las teorías hegemónicas, o Jennifer Hargreaves (1994), en su análisis deportivo desde el feminismo, reconocen la figura indispensable de Bourdieu para un análisis crítico del deporte.

Más allá de su influencia en Francia e Inglaterra, quienes mejor han estudiado la obra de Bourdieu de forma sistemática —con capítulos o artículos monográficos sobre la utilidad de su teoría para la comprensión sociológica del deporte— son Kew (1986), Macaloon (1988), Clément (1995), Jarvie y Maguire (1995), Tomlinson (2004) y, más recientemente, De Souza y Marchi (2010). Todos ellos se han preocupado por poner en valor y, más tardíamente, rescatar la teoría del habitus y el campo de Bourdieu en el estudio del fenómeno deportivo. En España sólo un autor ha profundizado sobremedida en la aplicación de esta teoría en un ámbito específico del deporte, Sánchez García (2008 y 2008a).

En cualquier caso, el rastro de Bourdieu está presente en buena parte de la literatura sociológica del deporte —tan extensa que no ha oportunidad aquí de centrarse en una revisión bibliográfica de amplio calado. Los principales rastros

En *Le grand livre du rugby français 1981-1982*, F.M.T. EDITIONS S.A., 1981, p.7; (1984), “¿Cómo se puede ser deportivo?”, en *Cuestiones de Sociología*, Madrid, Itsmo; (1984), “Belief and the body”, in *The logic of practice*, Oxford: Blackwell; (1986), “Notas provisionales sobre la percepción social del cuerpo”, en Wright Mills et. al., 1986, 183-194; (1988), “Programa para una sociología del deporte”, en *Cosas Dichas*, Gedisa, Buenos Aires; (1989), *La Noblesse d'État. Grandes écoles et esprit des corps*, Paris: Minuit; (1989), “L'espace des sports 1”, *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, Paris, Vol.79, p.2-115; (1989), “L'espace des sports 2”, *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, Paris, Vol.80, p. 2-102; (1990); (1994), *Les Jeux olympiques*, In: *Actes de la recherche en sciences sociales*. Vol. 103, juin 1994. pp. 102-103; (1994), *Mon foot, Le progrès*, 4 juillet 1994, p.2 (junto a F. Broecht); (1998), “The Olympics an agenda for analysis” En *On television and journalism*, London: Pluto, pp. 79-82; (1998), “The state, economics and sport”, *Sport in Society*, Vol. 1, n.º2, 15-21.

de la influencia de Bourdieu en el estudio sociológico del deporte los resumimos a continuación, si bien conviene aludir a la síntesis que Barbero realizó ya en 1991 (364-365).

Bourdieu se sirve del concepto de *habitus* para explicar la relación existente entre las posiciones sociales de los distintos agentes y grupos y sus prácticas e inversiones corporal-deportivas. Para este sociólogo, la lógica de las percepciones y apreciaciones (el *habitus*) es transferible, es la misma en los distintos ámbitos sociales. Existe una homología entre todos los gustos (sean artísticos, relativos a la comida, la cosmética o el deporte) de un individuo. Dicha lógica (el *habitus*) se adquiere a lo largo de todos los procesos de socialización en unas determinadas condiciones de existencia, es solidaria de la relación con el mundo. El problema se plantea porque no todas las lógicas y prácticas son igualmente legítimas, es decir, tienen distinto capital simbólico y, por tanto, son partícipes de los juegos de poder.

Uno de los primeros rastros de Bourdieu lo encontramos en la relación entre la práctica corporal-deportiva y la clase social, cuyo determinismo (de clase) ha sido una de las mayores críticas dirigidas contra Bourdieu, en específico, y contra la sociología del deporte francesa, en general. Autores como Ohl (2000) analizan las críticas que desde la sociología del deporte se han vertido sobre el uso casi exclusivo de la categoría de clase en sociedades consideradas postmodernas, para explicar fenómenos como el consumo de prácticas y bienes deportivos. El autor concluye que tan solo una lectura mecanicista de conceptos como *habitus* y *campo* puede invalidar la categoría de clase tal y como la utiliza Bourdieu. Por tanto, una lectura “más dinámica” del propio Bourdieu puede seguir manteniendo la categoría de clase para explicar cambios sociales. A este respecto, Brown (2009) analiza el cambio en la composición del *habitus* predominante en el montañismo escocés de 1920 a 1960. Según Brown, de una predominancia de clase social alta (con alto capital cultural y económico) perteneciente al Scottish Mountaineering Club (SMC), con unos gustos de alta cultura (por ejemplo, vinculando cuestiones científicas, religiosas y de construcción del carácter al montañismo), se pasó, desde la progresiva implicación de las clases trabajadoras desde los años 30, y con mucha mayor influencia en la actividad tras la II Guerra Mundial, a un tipo de práctica diferente. Una en la cual valores referidos, no a la forma sino a la sustancia (ligada a la necesidad, característica de esas clases), tales como la dificultad, el reto de la escalada o el disfrute del fin de semana en la naturaleza (“weekending”) fueron tomando gran consideración dentro de la comunidad de practicantes. La transformación fue progresiva, ya que al principio los propios montañeros de clase trabajadora eran influidos por la literatura que transmitía valores de clases altas (expresados en el romanticismo y la dimensión espiritual de la montaña), o por la creación exclusiva de clubs, que no desaparecieron del todo. Así mismo, Sánchez García (2008) analiza ciertas dinámicas dentro del campo deportivo vinculando la cuestión de clase y trayectoria social al estudio de los deportes de combate en España. Según el autor, la participación de los individuos en deportes de combate viene determinada en gran parte por

la clase social, pero, a medida que el practicante se adentra en ese campo, las experiencias vitales que van conformando el *habitus* le confieren una relativa autonomía dentro de la clase social —algo a tener en cuenta a la hora de explicar las trayectorias de práctica deportiva; es así como, por ejemplo, encontramos practicantes de boxeo provenientes de clases medias que habían llegado allí previa participación en disciplinas de artes marciales tales como el kárate.

Por otra parte, se han dado diversas aplicaciones empíricas en distintos ámbitos nacionales. Thrane (2001), por ejemplo, analiza el comportamiento de los espectadores deportivos en Dinamarca, Noruega y Suecia, hallando que el capital económico sí se relaciona de forma positiva con el grado de participación como espectador, de la misma manera a como lo hacen el capital cultural y la participación deportiva. Wilson (2002), por su parte, realiza un estudio en EEUU cuyos resultados señalan como la mayor participación deportiva se correlaciona con un mayor capital económico y cultural, aunque en este caso también dilucida que solo el capital cultural es significativo a la hora de explicar porque las clases altas (con alto capital cultural) no se implican en deportes proletarios como las carreras de coches o motos. Kahma (2010), en el caso finlandés, muestra como la práctica deportiva varía de forma significativa debido a la ocupación de clase; por ejemplo, el ciclismo, el paseo nórdico y la gimnasia se relacionaban con profesionales intermedios y la natación lo hacía más frecuentemente con profesionales ejecutivos e intermedios que con las clases trabajadoras. Sin embargo, los patrones de relación entre espectadores y deporte eran mucho menos evidentes desde el punto de vista de la clase ocupacional, siendo el género y la edad dos elementos determinantes.

Otro rasgo de la contribución de Bourdieu ha quedado patente en los estudios sobre la relación entre la práctica deportiva y el género. A este respecto, Mennesson (2000) aplica conceptos bourdieuanos a la subcultura de boxeadoras, diferenciando la paridad suave/duro en la concepción de los cuerpos femeninos de las practicantes implicadas, siendo el nivel competitivo un elemento clave para tal diferenciación; Von der Lippe (2000) utiliza las nociones bourdieuanas de *doxa*, *heterodoxa* y *poder simbólico* para explicar la lucha política de las mujeres noruegas, a mediados de los años setenta, a la hora de conseguir su participación en una de las carreras más populares en Noruega; Thorpe (2009, 2010) realiza una lectura feminista de los conceptos bourdieuanos de *capital*, *campo* y *habitus* en un estudio sobre género, *encorporación* (*embodiment*) y relaciones de poder en el *snowboarding*. Para Thorpe, el campo del *snowboarding* actual representa un contexto social contradictorio para las mujeres: por un lado, encuentran aún un alto grado de sexismo, pero, por otro lado, les ofrece una mayor cantidad de posibilidades de participación. Es precisamente dentro de esa situación donde puede emerger cierta reflexividad de género que problematice y critique el orden actual de relaciones de poder y pueda llevar a ciertas “libertades reguladas” de las que hablaba Bourdieu (Thorpe, 2009: 510). Un trabajo que mantiene muchas similitudes con el de Thorpe, tanto en el enfoque teórico como en los resultados, es el realizado por Moscoso (2008) en España, si bien éste versaba sobre los deportes de montaña y

escalada. Por su parte, en su estudio etnográfico sobre el boxeo, Paradis (2012) pregunta cómo el género influye en el desarrollo del capital pugilístico de los y las participantes. El género se enmarca dentro del sentido común (*doxa*) del hipermasculino mundo pugilístico, influyendo en la percepción de los cuerpos y del capital corporal, influyendo en las interacciones llevadas a cabo dentro de la práctica del boxeo. Un alto grado de capital simbólico (reconocido y respetado como valioso dentro del campo específico) viene aparejado al boxeador ideal, expresado de forma patente en sus atributos corporales (fuerte, definido, con aspecto agresivo). Esto contrasta con la imagen del cuerpo femenino, considerado como suave y no propenso a recibir o infligir daño. Tales interacciones en el gimnasio también se ven afectadas por el fenómeno de *histéresis* (retraso en el ajuste de habitus y campo debido a cambios producidos en ese campo que hacen a los agentes sentirse momentáneamente “fuera de lugar”). Si bien la incorporación de la mujer al boxeo ha afectado y cambiado el campo pugilístico, no el habitus de todos los participantes inmersos en ese campo ha cambiado a igual ritmo, lo que generaba distintas reacciones a la participación femenina en ese mundo tradicionalmente de hombres.

Quizá la línea de desarrollo e influencia bourdieuana que ha tenido más impacto, no solo dentro de la sociología del deporte, sino dentro de la sociología en general, ha sido la realizada por Wacquant con su estudio etnográfico sobre el boxeo en Chicago —llevado a cabo en la década de 1980—, que revolucionó la forma de realizar etnografía urbana y el modo de realizar trabajos de campo deportivos como ámbitos privilegiados para comprender, no solo esta actividad en sí, sino las vidas y los contextos sociales de sus practicantes. De forma específica, la obra de Wacquant, extensamente publicada en diversos artículos académicos (Wacquant, 1989, 1992, 1995a, 1995b, 2001) y sintetizada en su libro *Entre las Cuerdas* (Wacquant, 2004), desarrolla de forma empírica la progresiva formación del habitus pugilístico, contestando a las críticas de falta de dinámica en el denostado estructuralismo de la obra bourdieuana. Para Wacquant, su propia inmersión en la práctica le lleva a adquirir ese habitus específico, convirtiéndolo en una potente herramienta de investigación social, en la piedra angular de su propuesta de “sociología carnal” (Wacquant, 2005, 2011). Según el autor, ésta implica realizar una sociología no del cuerpo sino desde el cuerpo, tomando relevancia no sólo ontológica, sino epistemológica, de la realidad encorporada (*embodied*) de los agentes sociales. Recientemente, esta cuestión de la configuración del habitus ha sido desarrollada empíricamente en una colección de estudios etnográficos sobre artes marciales y deportes de combate (Sánchez García y Spencer, 2013). La cuestión del habitus ha sido investigada también en otros ámbitos deportivos como es el caso de los deportes de aventura; por ejemplo, Kay y Laberge (2002) analizan la emergencia de un nuevo habitus corporativo vinculado a puestos directivos que realizan carreras de aventura en la naturaleza.

En suma, en estas líneas hemos tratado de revisar a vuelapluma la contribución de la teoría y la obra de Bourdieu al estudio sociológico del fenómeno deportivo. Como es lógico, no ha lugar aquí para reflejar con la

profundidad necesaria toda la aportación del autor a este campo de estudio. Asimismo, cabe pensar que este autor, de seguir presente en vida, se hubiera expresado sobre la relación entre el campo deportivo y el campo de poder (Hilgers y Mangez, 2014) debido al alto capital simbólico y económico vinculados a la realidad deportiva de nuestra época (los millonarios fichajes de jugadores de fútbol, los casos de corrupción en el seno del COI y la FIFA, el poder de las grandes marcas deportivas, etc.). No obstante, creemos haber recogido el testimonio de su influencia y relevancia teórica en la historia de la sociología del deporte. Creemos que el texto que se presenta a continuación sirve, entre otros fines, para complementar el análisis realizado en esta presentación. Hemos optado por este trabajo, publicado en 1993 en una obra colectiva en lengua inglesa, por pensar que resume con exhaustividad el pensamiento de Bourdieu a este respecto. Esperamos que refuerce la labor de reconocer y poner el valor su contribución a un campo de estudio tan desconocido como relevante en las sociedades contemporáneas.

BIBLIOGRAFÍA

- BARBERO, J. I. (1991). “Sociología del deporte. Configuración de un campo”. *Revista de Educación*, 295, 345-378.
- BOURDIEU, P. (1979). *La Distinction. Critique sociale du jugement*. Paris: Les Éditions de Minuit.
- BOURDIEU, P. (1988). *Cosas dichas*. Buenos Aires: Gedisa.
- BROWN, D. (2009). “The big drum the mutability of a sporting habitus: Mountaineering in Scotland as a case study”. *International Review for the Sociology of Sport*, 44(4), 315-330.
- CLÉMENT, J-P (1995). “Contributions of the sociology of Pierre Bourdieu to the sociology of sport”. *Sociology of Sport Journal*, 12, 147-157.
- GRUNEAU, R. (1993). “The critique of sport in modernity: Theorising power, culture, and the politics of the body”. En Dunning, Maguire y Pearton (Eds.), *The Sports Process: A Comparative and Developmental Approach*, (pp.85-109). Champaign III: Human Kinetics.
- HARGREAVES, J. (1986). *Sport, power and culture. A social and historical analysis of popular sports in Britain*. Londres: Polity Press.
- HARGREAVES, J. (1994). *Sporting females: Critical issues in the history and sociology of women's sport*. Londres: Routledge.
- HILGERS, M., y MANGEZ, E. (2014). *Bourdieu's Theory of Social Fields: Concepts and Applications*. Routledge.
- JARVIE, G., y MAGUIRE, J. (1995). *Sport and leisure in social thought*. Londres: Routledge.
- KAHMA, N. (2010). “Sport and social class: The case of Finland”. *International Review for the Sociology of Sport*, 47(1), 113–130. doi:10.1177/1012690210388456
- KAY, J., y LABERGE, S. (2002). “The new corporate habitus in adventure racing”. *International Review for the Sociology of Sport*, 37(1), 17–36.
- KEW, F. C. (1986). “Sporting practice as an endless play of self-relativising tastes: Insights from Pierre Bourdieu”. En J. A. Mangan y R. B. Small (Eds.), *Sport, Culture, Society: International, Historical, and Sociological Perspectives* (pp. 306-

- 313). Londres y Nueva York: E. & F.N. Spon.
- MACALOON, J. J. (1988). "A prefatory note to P. Bourdieu's 'Program for a sociology of sport'". *Sociology of Sport Journal*, 5, 150-162.
- MENNESSON, C. (2000). "Hard' women and soft' women. The Social Construction of Identities among Female Boxers". *International Review for the Sociology of Sport*, 35(1), 21-33.
- MOSCOSO, D. (2006). "La sociología del deporte en España. Estado de la cuestión". *Revista Internacional de Sociología*, 44, 177-204.
- MOSCOSO, D. (2008). "The social construction of gender identity amongst mountaineers". *European Journal for Sport and Society (EJSS)*, 5(2), 183-190.
- OHL, F. (2000). "Are social classes still relevant to analyse sports groupings in "postmodern" society? An analysis referring to P. Bourdieu's theory". *Scandinavian Journal of Medicine and Science in Sports*, 10(3), 146-155. doi:10.1034/j.1600-0838.2000.010003146.x
- PARADIS, E. (2012). "Boxers, briefs or bras? Bodies, gender and change in the boxing gym". *Body & Society*, 18(2), 82-109.
- POCIELLO, C. (1981). *Sports et société*. Paris: Vigot.
- SÁNCHEZ GARCÍA, R. (2008). "Habitus y clase social en Bourdieu". *Papers*, 89, 103-125.
- SÁNCHEZ GARCÍA, R. (2008a). "Análisis etnometodológico del dinamismo del concepto de habitus en Bourdieu y en Elias en el análisis de las actividades corporales". *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 124, 209-221.
- SÁNCHEZ GARCÍA, R. y SPENCER, D. C. (2013). *Fighting Scholars: Habitus and Ethnographies of Martial Arts and Combat Sports*. Londres: Anthem Press.
- SOUZA, J. DE y MARCHI, W. (2010). "For a reflexive sociology of sports: theoretical and methodological considerations based on Pierre Bourdieu's work". *Movimiento*, 16(1), 293-315.
- THORPE, H. (2009). "Bourdieu, feminism and female physical culture: gender reflexivity and the habitus-field complex Bourdieu and feminism". *Journal of Sport & Social Issues*, 34(2): 491-516.
- THORPE, H. (2010). Bourdieu, gender reflexivity, and physical culture: A case of masculinities in the snowboarding field. *Journal of Sport & Social Issues*, 34(2), 176-214.
- THRANE, C. (2001). "Sport spectatorship in Scandinavia. A class phenomenon?". *International Review for the Sociology of Sport*, 36 (2), 149-163.
- TOMLINSON, A. (2004). "Pierre Bourdieu and the sociological study of sport: habitus, capital and field", en R. Giulianotti (Ed), *Sport and modern social theorists* (pp.161-172). New York: Palgrave Macmillan.
- VON DER LIPPE, G. (2000). "Heresy as a victorious political practice. Grass-Roots Politics in Norwegian Sports 1972-1975". *International Review for the Sociology of Sport*, 35(2), 181-198.
- WACQUANT, L. (1989). "Corps et âme [Notes ethnographiques d'un apprenti-boxeur]". *Actes de La Recherche En Sciences Sociales*, 80(1), 33-67.
- WACQUANT, L. (1992). "The social logic of boxing in black Chicago: toward a sociology of pugilism". *Sociology of Sport Journal*, 9(3), 221-254.
- WACQUANT, L. (1995). "Pugs at work: bodily capital and bodily labour among professional boxers". *Body & Society*, 1(1), 65-93.
- WACQUANT, L. (1995). The pugilistic point of view: How boxers think and feel about their trade. *Theory and Society*, 24(4), 489-535.

- WACQUANT, L. (2001). "Whores, slaves and stallions: Languages of exploitation and accommodation among boxers". *Body & Society*, 7(2-3), 181-194.
- WACQUANT, L. (2004). *Entre las cuerdas: cuadernos de un aprendiz de boxeador*. Alianza Madrid.
- WACQUANT, L. (2005). "Carnal connections: On embodiment, apprenticeship, and membership". *Qualitative Sociology*, 28(4), 445-474.
- WACQUANT, L. (2011). Habitus as topic and tool: Reflections on becoming a prizefighter. *Qualitative Research in Psychology*, 8(1), 81-92.
- WILSON, T. C. (2002). "The Paradox of Social Class and Sports Involvement: The Roles of Cultural and Economic Capital". *International Review for the Sociology of Sport*, 37(1), 5-16. doi:10.1177/1012690202037001001

*How can one be a sports fan?*³

PIERRE BOURDIEU

Creo que, sin violentar demasiado la realidad, es posible considerar el rango total de actividades deportivas y de entretenimiento para los agentes sociales —rugby, fútbol, natación, atletismo, tenis, golf, etc.— como *oferta* cuya intención es cubrir una *demand* social. Si se adopta tal modelo, surgen dos tipos de cuestiones. En primer lugar, ¿hay un área de producción, dotada de su propia lógica y su propia historia, en la cual los “productos deportivos” son generados, p.ej. el universo de las actividades deportivas y de entretenimientos socialmente aceptables y tomados en consideración en un momento determinado? En segundo lugar, ¿cuáles son las condiciones sociales de posibilidad de la apropiación de los diversos “productos deportivos” que son producidos —jugar al golf o leer *L'Équipe*, hacer esquí de fondo o ver la Copa del Mundo en la televisión? En otras palabras, ¿cuál es la demanda de los “productos deportivos” producidos? ¿Cómo adquiere la gente el “gusto” por el deporte? ¿Por qué más por un deporte que por otro? ¿Más como actividad o como espectáculo? Estas preguntas necesariamente han de afrontarse, a menos que uno elija suponer que existe una necesidad natural, extendida de igual modo en todo momento, en cualquier lugar y entorno social, no solo del gasto de energía muscular, sino de forma más precisa, de este o ese tipo de ejecución (Cogiendo el ejemplo más favorable a la tesis de las “necesidades naturales”, sabemos que la natación, que la mayoría de educadores señalarían probablemente como la más necesaria de las actividades deportivas, tanto por su función de “salvavidas” como por sus efectos físicos, ha sido ignorada o refutada en ciertos momentos —p.ej. en la Europa medieval— y aún debe ser impuesta mediante “campanas” nacionales). De modo más preciso, ¿de acuerdo a qué principios los agentes eligen, de entre las diferentes actividades deportivas, que, en un momento determinado, unas se ofrezcan como las adecuadas?

LA PRODUCCIÓN DE LA OFERTA

Me parece que es necesario, en primer lugar, considerar las condiciones sociales e históricas de posibilidad de un fenómeno social que fácilmente damos por hecho: “el deporte moderno”. En otras palabras, ¿qué condiciones sociales hacen posible la constitución del sistema de instituciones y agentes directamente o indirectamente vinculadas a la existencia de las actividades deportivas y de entretenimiento? El sistema incluye “asociaciones deportivas” públicas o privadas, cuya función es representar y defender los intereses de los practicantes de un determinado deporte y redactar e imponer los estándares que gobiernan la actividad; los productores y vendedores de los bienes (equipación, instrumentos, prendas especiales, etc.) y los servicios requeridos para dedicarse al deporte (profesores, instructores, entrenadores, médicos deportivos, periodistas deportivos, etc.); y los productores y vendedores de los entretenimientos

³ Texto publicado en 1992 en forma de capítulo de libro en S. Doring (Ed.) *The cultural studies reader*, pp.339-356. Londres: Routledge. Traducción realizada por Raúl Sánchez y Silvia Favaretto. Existe una versión similar traducida en español por el profesor Enrique Martín Criado y publicado en *Cosas Dichas* (1988). No obstante, la traducción realizada se hizo sobre la base del texto de una conferencia de Bourdieu impartida en francés, por lo que existen grandes diferencias entre ambas versiones. ...

deportivos y bienes asociados (camisetas, fotos de las estrellas deportivas, etc.). ¿Cómo se fueron constituyendo de forma progresiva esos especialistas (entre ellos, también los sociólogos e historiadores del deporte —lo que probablemente no ayudó a que surgieran este tipo de preguntas), que vivían directa o indirectamente del deporte? Y más concretamente, ¿cuándo ese sistema de especialistas e instituciones comenzó a funcionar como un *campo competitivo*, el sitio de confrontación entre agentes con intereses específicos ligados a su posición dentro del campo? Si ese es el caso, tal y como mi pregunta trata de sugerir, acerca de que el sistema de instituciones y agentes cuyos intereses están ligados al deporte tienden a funcionar como un campo, de ahí se deriva la idea de que uno no puede entender el fenómeno deportivo en un momento determinado, en un ambiente social determinado y relacionándolo directamente con las condiciones económicas y sociales de las sociedades correspondientes: más bien, la historia del deporte es relativamente autónoma; incluso cuando graves acontecimientos económicos y sociales influyen sobre ella, ésta tiene su propio ritmo, sus propias leyes de evolución, sus propias crisis, en resumen, su cronología específica.

Una de las tareas de la historia social del deporte puede ser la de establecer los verdaderos fundamentos de la legitimación de una ciencia social del deporte como *objeto científico distinto* (lo cual no es auto evidente) mediante la determinación del momento, o más bien, de las condiciones sociales, a partir de las cuales es posible hablar de deporte (en oposición al simple juego, significado que está presente aún en la palabra inglesa “sport”, pero no en el uso de la palabra en países no anglo-parlantes, donde fue introducida *al mismo tiempo* que las radicalmente nuevas prácticas sociales que designaba). ¿Cómo se estableció ese terreno, con su lógica específica, situada en prácticas sociales específicas, las cuales fueron definidas en el curso de una historia específica y que solo pueden ser entendidas en términos de esa historia (ej. la historia de las leyes deportivas o los *records*, un vocablo interesante que recuerda la contribución que los historiadores, con su tarea de *grabar*⁴ y celebrar las hazañas dignas de mención, contribuyen a la constitución de un campo y su cultura esotérica)?

La génesis de un campo de producción relativamente autónomo y la circulación de los productos deportivos

Parece indiscutible que el cambio de algunos juegos hacia lo que se conoce como deportes se llevó a cabo en sentido estricto dentro del sistema educativo reservado para las “elites” de la sociedad burguesa, las Public Schools inglesas, donde los hijos de las familias aristócratas y de la alta burguesía tomaron el control de los *juegos populares* —es decir, *vulgares*— cambiando de forma simultánea su significado y función, exactamente del mismo modo en que el campo de la música cultivada transformó las danzas folclóricas —bourrées, sarabandas, gavottes, etc.—, las cuales se introdujeron en formas de arte superior, como es el caso de la suite.

Para caracterizar esa transformación de forma breve, es decir, teniendo en cuenta su *principio*, podemos decir que los ejercicios corporales de la “elite” están desconectados de las ocasiones sociales ordinarias con las que los juegos populares se mantenían asociados (festividades agrarias, por ejemplo) y desprovistas de las funciones sociales (y religiosas a forteriori) que seguían unidas a cierto número de juegos

4 “Record” en el texto original inglés, lo cual genera un interesante juego de palabras que se pierde en la traducción castellana (n.d.t).

tradicionales (tales como los juegos rituales jugados en ciertas sociedades precapitalistas según el calendario de la temporada agraria). La escuela, el sitio de la *skhole*, el ocio, es el sitio donde las prácticas imbuidas de funciones sociales e integradas en el calendario colectivo son convertidas en *ejercicios corporales*, actividades que tienen un fin en sí mismas, una especie de arte —corporal— por el arte, gobernadas por reglas específicas, irreducibles de forma creciente en necesidades funcionales e insertadas en calendarios deportivos. La escuela es el sitio, por excelencia, de los llamados ejercicios innecesarios, en los cuales uno adquiere una disposición distanciada, neutralizadora hacia el lenguaje y el mundo social, la misma que está implicada en la relación de la burguesía con el arte, el lenguaje y el cuerpo: la gimnasia hace uso del cuerpo, el cual, como el uso académico del lenguaje, es un fin en sí mismo. (Esto explica sin lugar a dudas porque la frecuencia de actividad deportiva aumenta de forma acusada con el nivel educativo, declinando más lentamente con la edad, como hacen las prácticas culturales, cuando el nivel educativo es mayor. Es conocido como entre las clases populares, el abandono de las actividades deportivas, una actividad cuyo carácter lúdico parece ser apropiado para adolescentes, coincide normalmente con el matrimonio y la entrada en las responsabilidades serias de la vida adulta). Lo que se adquiere en y a través de la experiencia en la escuela, una especie de retiro del mundo y de la práctica real, de las cuales los internados de la “elite” representan su forma más desarrollada, es la propensión hacia la actividad sin fin alguno, un aspecto fundamental del *ethos* de las “elites” burguesas, los cuáles siempre se enorgullecen de su desinterés y se definen por una distancia electiva —manifestada tanto en el arte como en el deporte— respecto a los intereses materiales. El “fair play” es la forma de jugar el juego característica de aquéllos que no son arrastrados por el juego como para olvidar que *es un juego*, aquéllos que mantienen la “distancia de rol”, como la definía Goffman, que está implicada en todos los roles designados para los líderes futuros.

La progresiva autonomía del campo de deporte está acompañada, además, por un proceso de *racionalización*, con la intención —como expresaba Weber— de asegurar la predictibilidad y la calculabilidad más allá de diferencias locales y particularismos: la constitución de un corpus de reglas específicas y de los cuerpos de gobierno reclutados, al menos en el inicio, de entre los “chicos antiguos” de las Public Schools, van de la mano. La necesidad de un corpus de reglas fijas, universalmente aplicables se hacen sentir en el momento en que los “intercambios” deportivos se establecen entre instituciones educativas diferentes, después entre regiones, etc. La relativa autonomía del campo del deporte se afirma de forma más clara en los poderes de la auto administración y la creación de reglamentos, basados en tradiciones históricas o garantizados por el Estado, cuyas asociaciones deportivas están reconocidas para ejecutar: esos cuerpos de gobierno tienen el derecho de establecer la participación de gobierno estándar en los eventos que organizan y están autorizados para ejercer poder disciplinario (prohibiciones, multas, etc.) para asegurar el cumplimiento de las reglas específicas que decretan. Además, otorgan títulos específicos, tales como campeonatos y, además, como en Inglaterra, el estatus de entrenador.

La constitución de un campo de prácticas deportivas está ligada al desarrollo de una filosofía del deporte que es necesariamente una filosofía *política* del deporte. La teoría del amateurismo es de hecho una dimensión de la filosofía aristocrática del deporte como práctica desinteresada, una finalidad sin un fin, análoga a la práctica artística, pero incluso más adecuada que el arte (queda siempre algo de feminidad residual en el arte: considérese el piano o las acuarelas de las jóvenes damas gentiles de la misma época) para afirmar las virtudes viriles de los futuros líderes: el deporte se

concibe como un entrenamiento en el valor y la masculinidad, “formando el carácter” e inculcando la “voluntad de ganar” que es la marca del verdadero líder, pero una voluntad a obtener dentro de las reglas. Esto es el “fair play”, considerado como una disposición aristocrática, diametralmente opuesta a la búsqueda plebeya de la victoria a toda costa. Lo que está en juego, me parece a mí, en este debate (que va más allá del deporte), es una definición de la educación burguesa que contrasta con la de la pequeña burguesía y con la definición académica: “energía”, “valor”, “fuerza de voluntad” son virtudes de los líderes (militares o industriales) y quizá, sobre todas las demás, la iniciativa personal, la “empresa” (privada), opuestas al conocimiento, la erudición, la sumisión “escolástica”, simbolizadas en los grandes barracones escolares y su disciplina, etc. En resumen, sería un error olvidar que la moderna definición de deporte es una parte integral del “ideal de moral”, es decir, un *ethos* que es el de las fracciones dominantes de la clase dominante y que se desarrolla en toda su amplitud en las escuelas privadas importantes, dirigidas a los hijos de los jefes de la industria privada, tales como la École des Roches, la realización paradigmática de ese ideal. El tener en mayor estima la *educación* sobre la *instrucción*, el *carácter* o la *fuerza de voluntad* sobre la *inteligencia*, el *deporte* sobre la *cultura*, es afirmar, dentro del universo educativo en sí mismo, la existencia de una jerarquía irreducible a la mera jerarquía académica que favorece a los segundos términos de los distintos pares opuestos. Significaría, si así fuera, descalificar o desacreditar los valores reconocidos por otras fracciones de la clase dominante o por otras clases (especialmente las fracciones intelectuales de la pequeña burguesía y los hijos de los “maestros de escuela”, que son serios contendientes para los hijos de los burgueses en el terreno de las competencias puramente académicas); significa poner delante otros criterios de “logro” y otros principios para legitimar el logro como alternativos al “logro académico”. La glorificación del deporte como terreno de entrenamiento del carácter, etc., siempre implica un cierto antiintelectualismo. Cuando uno recuerda que las fracciones dominantes de la clase dominante tienden a considerar su relación con las fracciones dominadas —“intelectuales”, “artistas”, “profesores”— en términos de oposición entre masculino y femenino, lo viril y lo afeminado, a lo que se le da distinto contenido dependiendo del momento histórico (p.ej. hoy en día pelo corto/pelo largo, cultura “económico-política”/cultura “artístico-literaria”, etc.), uno comprende una de las más importantes implicaciones de la exaltación del deporte, y especialmente de deportes “viriles” como el rugby, y puede verse que el deporte, como cualquier otra práctica, es un objeto de luchas entre fracciones de la clase dominante y entre las distintas clases sociales.

En este punto tomaré la oportunidad de destacar, de pasada, el hecho de que la *definición social del deporte* es un objeto de luchas, que el campo de las prácticas deportivas es el lugar de luchas en que lo que está en juego es, entre otras cosas, la capacidad monopolística de imponer la definición legítima de la práctica deportiva y de la función legítima de la práctica deportiva —amateurismo vs. profesionalismo, deporte práctica vs. deporte espectáculo, deporte distintivo (de élite) vs. deporte popular (de masas)—; que ese campo es en sí parte de un mayor campo de luchas sobre la definición del *cuerpo legítimo* y del *uso legítimo del cuerpo*, luchas que, además de a los agentes implicados en la definición de los usos deportivos del cuerpo, incluye a moralistas, en especial a los clérigos, a los doctores (en especial, los especialistas en salud), educadores en el sentido amplio del término (consejeros matrimoniales, etc.), marcadores de tendencia en moda y gustos (modistos, etc.). Debería explorarse si la lucha por el uso monopolístico del poder para imponer la definición legítima de una *clase* particular de usos corporales, usos deportivos, presentan características *invariantes*.

Pienso, por ejemplo, en la oposición, desde el punto de vista de la definición del ejercicio legítimo, entre los profesionales de la educación física (gimnasiarcas, profesores de gimnasia, etc.) y doctores, es decir, entre dos formas de *autoridad* específica (“pedagógica” vs. “científica”), ligados a dos formas de *capital específico*; o la recurrente oposición entre dos filosofías antagonistas sobre el uso del cuerpo, una más ascética (*askesis*=entrenamiento) que, en la paradójica expresión “cultura física” enfatiza la cultura, la *anti-física*, lo que va contra la naturaleza, enderezar, rectitud, esfuerzo, y otra más hedonista que privilegia la naturaleza, lo *físico*, reduciendo lo cultural al cuerpo, la cultura física a una especie de “laissez-faire”, o retorno al “laissez-faire” —como lo que hace la *expresión corporal* (“anti-gimnasia”) en la actualidad, enseñando a sus devotos a desaprender las superfluas disciplinas y limitaciones impuestas, entre otras cosas, por las gimnasias ordinarias.

Debido a que el campo de las prácticas corporales implica, por definición, una relativa dependencia, el desarrollo dentro del campo de las prácticas orientadas hacia uno u otro polo, ascetismo o hedonismo, depende en gran medida del estado de las relaciones de poder dentro del campo de luchas por la definición monopolística del cuerpo legítimo y, de modo más amplio, en el campo de las luchas sobre la moralidad entre las fracciones de la clase dominante y entre las clases sociales. Por tanto, el progreso realizado por todo lo que se refiere a las “expresiones físicas” solo puede ser entendido en relación con el progreso, visto por ejemplo en la relación entre padres-hijos y, de modo más general, en todo lo concerniente a la pedagogía, de una nueva variante de la moral burguesa, predicada por ciertas fracciones ascendientes de la burguesía (y pequeña burguesía) y favoreciendo el liberalismo en la crianza de los niños y también en las relaciones jerárquicas y sexuales, en vez de la severidad ascética (denunciada como “represiva”).

La fase de popularización

Era necesario bosquejar esta primera fase, que me parece determinante, porque en estados del campo que son muy diferentes el deporte aún mantiene marcas de su origen. La ideología aristocrática como desinteresada, actividad gratuita, que pervive en los temas rituales de los discursos celebratorios, ayuda a enmascarar la verdadera naturaleza de una creciente proporción de prácticas deportivas. La práctica de deportes como el tenis, la equitación, la vela o el golf sin duda deben parte de su “interés”, tanto ahora como en sus orígenes, a su función distintiva y de forma más precisa, a la *ganancia de distinción* que conlleva (no es accidental que la mayoría de los más selectos, es decir, más selectivos, clubs están organizados alrededor de prácticas deportivas que sirven como foco o pretexto de reuniones selectivas). Podríamos incluso considerar que las ganancias distintivas se incrementan cuando la distinción entre prácticas nobles —distinguido y distintivo—, como los deportes “inteligentes” y las prácticas “vulgares” cuya popularización ha hecho que un número de deportes originalmente reservados para la “élite”, como el fútbol (y en menor grado el rugby, que se mantendrá durante un tiempo con un estatus dual y un reclutamiento social dual), se combina con las oposiciones aún más agudas entre la participación en deporte y el mero consumo de entretenimiento deportivo. Sabemos que la probabilidad de practicar un deporte más allá de la adolescencia (y *a fortiori*, más allá de la adultez temprana o en la vejez) descende de forma acusada a medida que uno baja en la jerarquía social (como lo hace la probabilidad de pertenecer a un club deportivo), mientras que la probabilidad de ver uno de los espectáculos deportivos populares más reputados, tales como fútbol y rugby, en televisión (la asistencia como espectador al estadio sigue leyes más complejas)

desciende de forma acusada a medida que uno asciende en la escala social.

Por tanto, sin olvidar la importancia de la participación en actividades deportivas —particularmente en deportes de equipo como el fútbol— para los adolescentes de clases obreras y clases medias bajas, no puede ignorarse que los llamados deportes populares, ciclismo, fútbol o rugby, funcionan *además* como espectáculos (los cuales pueden deber algo de su interés a la participación imaginaria basada en experiencias pasadas de práctica real). Son “populares” pero en el sentido que ese adjetivo toma cuando es aplicado a productos materiales o culturales de producción masiva, coches, muebles o canciones. En resumen, el deporte, nacido de verdaderos juegos populares, es decir, juegos producidos por el pueblo, que retornan al pueblo, como la “música popular”, en forma de espectáculos producidos para el pueblo. Podemos considerar que el deporte como espectáculo aparecería de modo más claro como mercancía de masas y la organización de los entretenimientos como uno más de los espectáculos (hay una diferencia de grado más que de sustancia entre el espectáculo del boxeo profesional, los espectáculos de patinaje sobre hielo de *Holiday on Ice* y el número de eventos deportivos que son percibidos como legítimos, tales como los diversos campeonatos europeos de fútbol o esquí), si el valor otorgado colectivamente a la práctica deportiva (especialmente ahora que las competiciones deportivas se han convertido en la medida relativa de la fuerza de los países y, por tanto, en un objetivo político) no ayudara a enmascarar el divorcio entre práctica y consumo y, consecuentemente, las funciones del consumo simplemente pasivo.

Podría preguntarse, de pasada, si el reciente desarrollo de las prácticas deportivas no es efecto de la evolución que he bosquejado de modo somero. Uno solo tiene que pensar, por ejemplo, en todo lo que está implicado en el hecho de que un deporte como el rugby (en Francia —pero lo mismo puede decirse del fútbol americano en EEUU—) se ha convertido, a través de la televisión, en un espectáculo de masas, transmitido más allá del círculo de *practicantes* presentes o pasados; es decir, a un público poco equipado con la competencia específica para descifrar el juego. El “entendido” tiene esquemas de percepción y apreciación que le permite ver aquello que no puede ver la persona corriente, percibir la necesidad donde el no entendido solo ve violencia y confusión, y encontrar en la celeridad de un movimiento, en la impredecible inevitabilidad de una combinación exitosa o en la cuasi-milagrosa combinación de la estrategia colectiva, un placer no menos intenso y no menos adquirido que el que los melómanos obtienen de una exitosa interpretación de una de sus piezas favoritas. Cuanto más superficial la percepción menos encuentra su placer en el espectáculo contemplado en sí y por sí y más lo encuentra en la búsqueda de “lo sensacional”, el culto de las acciones obvias y la virtuosidad visible y, sobre todo, está interesada de forma exclusiva en esa otra dimensión del espectáculo deportivo, el suspense y la ansiedad por el resultado; por tanto, motivando a los jugadores y, sobre todo, a los organizadores a buscar la victoria a toda costa. En otras palabras, todo parece sugerir que, tanto en deporte como en música, la extensión del público más allá de los *amateurs* ayuda a reforzar el reinado de los profesionales puros.

De hecho, antes de llevar más allá el análisis de los efectos, debemos tratar de analizar con mayor detención los determinantes del cambio por el cual el deporte como práctica de una élite reservada a los amateurs devino un deporte como espectáculo producido por profesionales para el consumo de masas. No es suficiente con invocar la lógica relativamente autónoma del campo de producción de los bienes y servicios deportivos, o de forma más precisa, el desarrollo dentro de ese campo de una industria del entretenimiento deportivo que, sujeta a las leyes de la obtención de beneficio, busca

maximizar su eficiencia y minimizar sus riesgos. (Esto lleva en particular a la necesidad de recursos humanos ejecutivos especializados y a técnicas científicas de gestión que puedan organizar de forma racional la formación y mantenimiento del capital físico del jugador profesional: uno piensa, por ejemplo, en el fútbol americano, en el que el equipo de entrenadores, médicos y hombres de relaciones públicas es más numeroso que el equipo de jugadores, los cuales casi siempre sirven como un medio de publicidad para los equipos deportivos y accesorios de la industria).

En realidad, el desarrollo de la propia actividad deportiva, incluso entre los jóvenes de la clase trabajadora, sin duda se debe en parte al hecho de que el deporte estaba predispuesto a cumplir, en una escala mucho más grande, las mismas funciones que subyacen en su invención en las Public Schools inglesas a finales del siglo XIX. Incluso antes de ver el deporte como un medio para «mejorar el carácter» de acuerdo con la creencia victoriana, las Public Schools, «instituciones totales» según Goffman, que tienen que llevar a cabo sus tareas de supervisión veinticuatro horas al día, siete días a la semana, vieron el deporte como “un medio para llenar el tiempo”, una forma económica de ocupar los adolescentes que se encontraban bajo su responsabilidad a tiempo completo. Cuando los alumnos están en los campos de juego son fáciles de supervisar, se dedican a una actividad saludable y están desahogando su violencia sobre otros en lugar de destruir los edificios o gritando a sus profesores; es por eso que, Ian Weiberg concluye, “el deporte organizado durará tanto como las Public Schools”. Así que no sería posible entender la popularización del deporte y el crecimiento de las asociaciones deportivas, que, organizado originalmente sobre una base *voluntaria*, progresivamente recibió el reconocimiento y la ayuda de los poderes públicos, si no nos damos cuenta de que estas formas de movilización extremadamente económica, de ocupación y control de adolescentes, estaba predispuesta a convertirse en un instrumento y un objetivo en las luchas entre todas las instituciones en forma total o parcialmente organizadas con miras a la movilización y la conquista simbólica de las masas y, por tanto, que compiten por la conquista simbólica de la juventud. Estas incluyen a los partidos políticos, los sindicatos y las iglesias, por supuesto, pero también a los jefes paternalistas, que, con el objetivo de garantizar la *contención completa y continua* de la población activa, proporcionaban a sus empleados no sólo hospitales y escuelas, sino también estadios y otras instalaciones deportivas (un número de clubes deportivos se fundaron con la ayuda y bajo el control de los empleadores privados, como aún atestigua hoy en día el número de estadios con nombres de empleadores). Estamos familiarizados con la competición que nunca ha dejado de establecerse en los diversos ámbitos políticos sobre cuestiones relativas al deporte, desde el nivel de la aldea (con la rivalidad entre los clubes seculares o religiosos o, más recientemente, los debates sobre la prioridad que debe ser dada a las instalaciones deportivas, que es una de las cuestiones en juego en las luchas políticas a escala municipal) hasta el nivel nacional en su conjunto (con, por ejemplo, la oposición entre la Fédération du Sport de France, controlada por la Iglesia Católica, y la Fédération Sportive et Gymnique du Travail controlado por los partidos de izquierda). Y, en efecto, de una manera cada vez más disfrazada como reconocimiento estatal y aumentos de subsidios, y con ellos la aparente neutralidad de las organizaciones deportivas y de sus funcionarios, el deporte es un objeto de lucha política. Esta competición es uno de los factores más importantes en el desarrollo de la necesidad social de las prácticas deportivas, es decir, constituida socialmente, y de todo el equipo de acompañamiento, instrumentos, personal y servicios. Así, la imposición de necesidades deportivas es más evidente en las zonas rurales, donde la aparición de las instalaciones y equipos, al igual que los clubes juveniles y clubes de la tercera edad en la actualidad, es casi siempre el

resultado de la labor de la pequeña burguesía o burguesía de la aldea, que encuentra aquí una oportunidad para imponer sus servicios políticos de organización y liderazgo y para constituir o mantener un capital político de renombre y honorabilidad que es siempre potencialmente reconversible en poder político. No hace falta decir que la popularización del deporte, desde las escuelas de elite (donde su lugar es ahora cuestionado por las actividades «intelectuales» impuestas por la demanda de competencia intensa y social) a las asociaciones deportivas de masas, tiene que ir necesariamente acompañada por un cambio en las funciones que los deportistas y sus organizadores atribuyen a esta práctica y también por una transformación de la lógica misma de las prácticas deportivas que se corresponde con la transformación de las expectativas y demandas del público en correlación con el aumento de las prácticas pasadas o actuales del espectáculo vis-à-vis. La exaltación de la “virilidad” y el culto de “espíritu de equipo” que se asocian a la práctica del rugby —por no mencionar el ideal aristocrático del “fair play”— tienen un significado y una función muy diferentes para la burguesa o los adolescentes aristócratas en las Public Schools inglesas que para los hijos de los campesinos o comerciantes del sur-oeste de Francia. Esto es simplemente porque, por ejemplo, una carrera deportiva, que está prácticamente excluida del ámbito de las trayectorias aceptables para un hijo de la burguesía —dejando a un lado el tenis o el golf— representa uno de los pocos caminos de movilidad ascendente abierta a los hijos de la clases dominadas; el mercado deportivo es correspondiente al capital físico masculino al igual que lo que el sistema de premios de belleza y las ocupaciones a las que conducen —azafata, etc.— es para el capital físico femenino; y el culto de la clases trabajadoras hacía los deportistas de origen humilde se explica, sin duda, en parte por el hecho de que estas “historias de éxito” simbolizan el único camino reconocido hacía la riqueza y la fama. Todo hace pensar que los “intereses” y los valores que los practicantes de las clases trabajadora y media-baja traen a la conducta deportiva están en armonía con los requisitos correspondientes de la *profesionalización* (que puede, por supuesto, coexistir, con la apariencia de amateur) y de la racionalización de la preparación y la realización del ejercicio deportivo que se imponen por la búsqueda de la eficiencia específica máxima (medida en ‘victorias’, ‘títulos’ o ‘récords’) en combinación con la reducción al mínimo del riesgo (que hemos visto está a su vez vinculado con el desarrollo de una empresa privada o la industria de entretenimientos deportivos estatal).

LA LÓGICA DE LA DEMANDA: PRÁCTICAS DEPORTIVAS Y ENTRETENIMIENTOS EN LA UNIDAD DE ESTILOS DE VIDA

Nos encontramos aquí ante un caso de oferta, es decir, la definición particular de la práctica deportiva y de entretenimiento que se presenta en un momento dado en el tiempo, respondiendo a la demanda, es decir, las expectativas, intereses y valores que los agentes ponen en el campo, y donde las actuales prácticas y entretenimientos evolucionan como resultado de la confrontación permanente y el ajuste entre los dos. Por supuesto, en cada momento de cada nuevo operador debe tenerse en cuenta un estado determinado de la división de las actividades deportivas y entretenimientos y su distribución entre las clases sociales, un estado que no se puede alterar y que es el resultado de toda la historia previa de las luchas y la competencia entre los agentes y las instituciones involucradas en el “campo deportivo”. Por ejemplo, la aparición de un nuevo deporte o una nueva forma de practicar un deporte ya establecido (por ejemplo, la “invención” del crol por Trudgen en 1893) provoca una reestructuración del espacio de las prácticas deportivas y una redefinición más o menos completa del significado adjunto

a las diversas prácticas. Pero, si bien es cierto que, aquí como en todas partes, el campo de la producción ayuda a producir la necesidad de sus propios productos, sin embargo, la lógica por la cual los agentes se inclinan hacia tal o cual práctica deportiva no puede entenderse a menos que sus disposiciones hacia el deporte, que son en sí mismos una dimensión de una *relación particular con el cuerpo*, se vuelvan a insertar en la unidad del sistema de disposiciones, el habitus, que es la base a partir de la cual se generan los estilos de vida. Sería probable que se cometiesen errores graves si se tratase de estudiar las prácticas deportivas (más aún, tal vez, que con respecto a otras prácticas, ya que su base y objeto es el cuerpo, el agente sintetizador *por excelencia* que integra todo lo que incorpora), sin volver a colocarlas en el universo de las prácticas que están ligadas a ellas, porque su origen común es el sistema de los gustos y las preferencias que es un habitus de clase (por ejemplo, sería fácil demostrar las homologías entre la relación con el cuerpo y la relación con el lenguaje que son característicos de una clase o fracción de clase). En la medida en que el “cuerpo-para-otro” es la manifestación visible de la persona, de la “idea que quiere dar de sí misma”, su “carácter”, es decir, sus valores y capacidades, las prácticas deportivas que tienen el objetivo de dar forma al cuerpo son realizaciones, entre otros, de una estética y una ética en el estado práctico. Una norma postural como rectitud (“mantenerse erguido”) tiene, como una mirada directa o un corte de pelo concreto, la función de simbolizar todo un conjunto de virtudes morales —la rectitud, la honradez, la dignidad (confrontación cara a cara como una exigencia de respeto)— y también las físicas —el vigor, la fuerza, la salud. Un modelo explicativo capaz de dar cuenta de la distribución de las prácticas deportivas entre las clases y fracciones de clase debe tener claramente en cuenta los factores determinantes positivos o negativos, el más importante de los cuales son el *tiempo libre* (una forma transformada del capital económico), *capital económico* (más o menos indispensable dependiendo del deporte), y el *capital cultural* (de nuevo, más o menos indispensable dependiendo del deporte). Pero ese modelo no podría comprender lo que es más esencial si no se tienen en cuenta las variaciones en el significado y la función dada a las diversas prácticas por las diversas clases y fracciones de clase. En otras palabras, frente a la distribución de las diferentes prácticas deportivas según la clase social, hay que darle tanta importancia a las variaciones en el significado y la función de los diferentes deportes entre las clases sociales como a las variaciones en la intensidad de la relación estadística entre las diferentes prácticas y las diferentes clases sociales. No sería difícil demostrar que las diferentes clases sociales no están de acuerdo en cuanto a los efectos esperados de ejercicio corporal, ya sea en la parte exterior del cuerpo (hexis corporal), tales como la fuerza visible de los músculos prominentes que algunos prefieren o la elegancia, la comodidad y la belleza favorecida por otros, o en el interior del cuerpo, la salud, el equilibrio mental, etc. En otras palabras, las variaciones de clase en estas prácticas derivan no sólo de las variaciones en los factores que hacen posible o imposible encontrar sus *intereses económicos o los costos culturales*, sino también de las *variaciones en la percepción y valoración de la utilidad inmediata o diferida* procedentes de las diferentes prácticas deportivas (se puede ver, por cierto, que los especialistas son capaces de utilizar su específica autoridad conferida a su condición —estatus— para presentar una percepción y una apreciación definidas como las únicas legítimas, en oposición a las percepciones y apreciaciones estructuradas por las disposiciones de un habitus de clase. Estoy pensando en las campañas nacionales para imponer un deporte como la natación, que parece ser aprobado por unanimidad por los especialistas en nombre de sus funciones estrictamente “técnicas” sobre aquellos que “no pueden ver el uso de la misma”). En relación a los beneficios realmente percibidos,

Jacques Defrance demuestra convincentemente que de la gimnasia se puede demandar tanto que produzca un cuerpo fuerte, llevando los signos externos de la fuerza —esta es la demanda de la clase obrera, que se satisface con la musculación (body-building)— o un cuerpo sano —que es la demanda burguesa, que se satisface con gimnasia u otros deportes cuya función es esencialmente higiénica.

Pero esto no es todo: el habitus de clase define el significado conferido a la actividad deportiva, los beneficios que se esperan de ella; y no el menor de estos beneficios es el valor social procedente de la persecución de ciertos deportes por la virtud de rareza distintiva que obtienen debido a su distribución de clase. En resumen, a los beneficios “intrínsecos” (reales o imaginarios, no hay mucha diferencia —real en el sentido de ser realmente anticipado, a modo de creencia) que se esperaban del deporte para el cuerpo mismo, hay que añadir los beneficios sociales, que procediendo de cualesquiera prácticas distintivas, son muy desigualmente percibidos y apreciados por las diferentes clases (para las cuales son, por supuesto, muy desigualmente accesibles). Se puede observar, por ejemplo, que además de sus funciones estrictamente saludables, el golf, el caviar, el *foie gras* o el whisky tienen un *significado distributivo* (el significado que las prácticas derivan de su distribución entre los agentes distribuidos en las clases sociales), o que la halterofilia, que se supone sirve para desarrollar los músculos, era durante muchos años, sobre todo en Francia, el deporte favorito de la clase obrera; ni tampoco es un accidente que las autoridades olímpicas se tomaran tanto tiempo para otorgar el reconocimiento oficial a la halterofilia, que, a los ojos de los aristocráticos fundadores del deporte moderno, simbolizaba la mera fuerza, la brutalidad y la pobreza intelectual, en definitiva, las clases trabajadoras.

Ahora podemos tratar de dar cuenta de la distribución de estas prácticas entre las clases y fracciones de clase. La probabilidad de la práctica de los diferentes deportes depende, en un grado diferente para cada deporte, principalmente del capital económico y, en segundo lugar, del capital cultural y del tiempo libre; también depende de la afinidad entre las disposiciones éticas y estéticas propias de cada clase o fracción de clase y las potencialidades objetivas del cumplimiento ético o estético que están o parecen estar contenidas en cada deporte. La relación entre los diferentes deportes y la edad es más compleja, ya que sólo se define —a través de la intensidad del esfuerzo físico necesario y la disposición hacia ese esfuerzo, que es un aspecto de ethos de clase— dentro de la relación entre un deporte y una clase. La propiedad más importante de los “deportes populares” es el hecho de que están tácitamente asociados con la juventud, que es espontánea e implícitamente acreditada con una especie de *licencia provisional* expresada, entre otras formas, a través del despilfarro de un exceso de energía física (y sexual), y se abandonan muy temprano (por lo general, en el momento de la entrada en la vida adulta, marcada por el matrimonio). Por el contrario, los deportes “burgueses”, practicados principalmente por sus funciones de mantenimiento físico y de los beneficios sociales que aportan, tienen en común el hecho de que su límite de edad se encuentra mucho más allá de la juventud y quizás, cuanto más prestigiosos y exclusivos sean, correspondientemente lleguen más tarde (por ejemplo, el golf). Esto significa que la probabilidad de que se practiquen esos deportes que, porque exigen sólo cualidades físicas y competencias corporales para los cuales las condiciones del aprendizaje temprano parecen estar bastante distribuidas por igual, sin duda son igualmente accesibles dentro de los límites del tiempo libre y, en segundo lugar, de la energía física disponible, sin duda aumentaría a medida que uno sube la jerarquía social, si la preocupación por la distinción y la ausencia de afinidad ético-estética o el “gusto” no apartara a los miembros de la clase dominante, de acuerdo con una

lógica también observada en otros campos (por ejemplo, la fotografía). Por lo tanto, la mayoría de los deportes de equipo (baloncesto, balonmano, rugby, fútbol) que son los más comunes entre los trabajadores de oficina, técnicos y comerciantes, y también, sin duda, los deportes más típicamente individuales de la clase trabajadora, como el boxeo y la lucha libre, combinan todas las razones para ser rechazados por las clases altas. Éstas incluyen la composición social de su público que refuerza la vulgaridad implicada por su popularización, los valores y las virtudes exigidas (fuerza, resistencia, la propensión a la violencia, el espíritu de sacrificio, la docilidad y la sumisión a la disciplina colectiva, la antítesis absoluta del “rol distante” implicado en los roles de la burguesía, etc.), la exaltación de la competición y la contienda, etc. Para entender cómo los deportes más característicos, tales como el golf, la equitación, el esquí o el tenis, o incluso algunos menos “rebuscados”, como la gimnasia o el montañismo, se distribuyen entre las clases sociales y, en especial, entre las fracciones de la clase dominante, es aún más difícil apelar exclusivamente a las variaciones en el capital económico y cultural, o en el tiempo libre. Esto es, en primer lugar, porque sería como olvidar que, no menos que los obstáculos económicos, son los ocultos requisitos de entrada, como la tradición familiar y la formación inicial, y también la ropa obligatoria, conducta y técnicas de sociabilidad que mantienen estos deportes cerrados a las clases trabajadoras y a las personas procedentes de las clases medias-bajas e, incluso, medias-altas; y, secundariamente, porque los constreñimientos económicos definen el campo de posibilidades e imposibilidades sin determinar si es un factor de orientación positiva hacia ésta o esa particular práctica. En la práctica, incluso al margen de cualquier búsqueda de distinción, la relación hacia el propio cuerpo es un aspecto fundamental del habitus, que distingue a las clases trabajadoras de las clases privilegiadas, al igual que, dentro de estas últimas, se distinguen fracciones que están separadas por todo un universo de estilos de vida. Por un lado, existe la relación *instrumental* que las clases trabajadoras expresan en todas las prácticas centradas en el cuerpo, ya sea estar a régimen (alimentario) o el cuidado de la belleza, ya sea en su relación con la enfermedad o la medicación, y que se manifiesta también en la elección de los deportes que requieren una considerable inversión de esfuerzo, y a veces de dolor y sufrimiento (por ejemplo, el boxeo) o *jugársela con el propio cuerpo* (como en motociclismo, salto con paracaídas, todas las formas de acrobacias y, hasta cierto punto, todos los deportes que incluyen luchar, entre los cuales podemos incluir también el rugby). Por otro lado, existe la tendencia de las clases privilegiadas de tratar el cuerpo como un *fin en sí mismo*, con variantes de acuerdo a si se coloca el énfasis en el funcionamiento intrínseco del cuerpo como un organismo, que conduce al culto macrobiótico de la salud, o en la apariencia del cuerpo como una configuración perceptible, el “físico”, es decir, el cuerpo-para-otros. Todo parece sugerir que la preocupación de cultivar el cuerpo surge en su forma más elemental, es decir, como el culto de la salud, a menudo empleando una exaltación ascética de la moderación y el rigor dietético, entre las clases medias-bajas; es decir, entre jóvenes ejecutivos, empleados de oficina de servicios médicos y especialmente maestros de la escuela primaria, que se entregan con especial intensidad a la gimnasia, el deporte ascético *por excelencia*, ya que equivale a una especie de entrenamiento (*askesis*) por el entrenamiento en sí mismo.

La gimnasia o los deportes estrictamente orientados a la salud como caminar o correr que, a diferencia de los juegos de pelota, no ofrecen ninguna satisfacción competitiva, son actividades altamente racionales y racionalizadas. Esto se debe, primeramente, a que suponen una fe determinada en la razón y en los beneficios diferidos y a menudo intangibles, cuya razón promete (como la protección contra

el envejecimiento, una ventaja abstracta y negativa que solo existe a través de una referencia hacia un referente completamente teórico); en segundo lugar, porque por lo general sólo tienen sentido en función de un exhaustivo conocimiento teórico y abstracto de los efectos de un ejercicio que a menudo está a su vez reducido, como en la gimnasia, a una serie de movimientos abstractos, descompuestos y reorganizados por referencia a un fin específico y técnicamente definido (por ejemplo, “los abdominales”), y se opone a los movimientos de las situaciones cotidianas, orientadas hacia objetivos prácticos, tal y como hace la marcha desglosada en movimientos elementales en el *manual del sargento mayor*, que se opone al caminar normal. Por lo tanto, es comprensible que estas actividades solo puedan arraigar en las disposiciones ascéticas de personas con trayectorias sociales ascendentes, que están preparadas para encontrar su satisfacción en el esfuerzo en sí mismo y aceptar —ya que ése es todo el sentido de su existencia— la satisfacción diferida que recompensará su sacrificio presente.

En deportes como el montañismo (o, en menor medida, caminar), que es más común entre profesores de secundaria o universidad, la función pura de mantener el cuerpo orientado a la salud se combina con todas las gratificaciones simbólicas asociadas con la práctica de una actividad altamente distintiva. Esto confiere el sentido de dominio de más alto grado sobre su propio cuerpo, así como la apropiación gratuita y exclusiva de un paisaje inaccesible al vulgo. De hecho, las funciones de salud están siempre más o menos fuertemente asociadas con lo que podríamos llamar las funciones estéticas (especialmente, en igualdad de circunstancias, en las mujeres, a quienes se les exige más imperativamente someterse a las normas que definen lo que el cuerpo debe ser, no sólo en su configuración perceptible, sino también en su movimiento, su modo de andar, etc.). Es, sin duda, entre los profesionales y la burguesía de negocios bien establecidos donde las funciones que dan salud y estética se combinan con funciones sociales; allí, los deportes ocupan su lugar, junto con juegos de salón y los intercambios sociales (recepciones, cenas, etc.), entre las actividades “gratuitas” y “desinteresadas” que permiten la acumulación de capital social. Esto se ve en el hecho de que, en la forma extrema que asume en el golf, el tiro y el polo en el club elegante, la actividad deportiva es un mero pretexto para determinados encuentros o, para decirlo de otra manera, una técnica de socialización, como el Bridge o el baile. De hecho, aparte de sus funciones de socialización, el baile es, de todos los usos sociales del cuerpo, el que, tratando el cuerpo como un signo, un signo de su propio gusto, de su propia maestría, representa la realización más lograda del uso del cuerpo por parte de los burgueses: si esta forma de tratar el cuerpo es mayormente exitosa en el baile, tal vez puede que sea porque es reconocible sobre todo por *su tempo*, es decir, por la medida lentitud calibrada que también caracteriza a la utilización burguesa del lenguaje, en contraste con la brusquedad de la clase obrera y el ansia pequeño burguesa.